

PODER NAVAL E INDEPENDENCIA EN HISPANOAMERICA (EL CASO DEL PACIFICO)

Ascensión MARTÍNEZ RIAZA
Centro de Estudios Históricos (CSIC)

El propósito de este trabajo, presentado a las “Jornadas de Historia Marítima del siglo XIX” que organiza el Instituto de Historia y Cultura Naval y el Centro de Estudios Históricos del CSIC, es analizar el poder naval en el Pacífico durante el proceso de independencia hispanoamericana.

Para ello se contrapondrá el peso de las fuerzas navales fidelistas y patriotas a comienzos del s. XIX, tratando de diseccionar los factores sociales, económicos y políticos que se encuentran tras ellas; pues si bien los planteamientos militares-estratégicos estarán en primera línea, serán siempre encuadrados en su contexto histórico.

En el trasfondo, la independencia de Sudamérica. Para lograrla, las zonas primero emancipadas, la Gran Colombia al norte y el Río de la Plata al sur, coinciden en que la clave era el Perú, bastión junto con Nueva España del poder realista en América. Su control se convierte en objetivo primordial de Bolívar y San Martín, los dos reconocidos estrategas de la independencia. Sería el Libertador del Sur el primero en acceder a sus costas y el Pacífico se convertiría en protagonista de la contienda cuando se hizo evidente que su dominio era decisivo para lograr el del último virreinato.

Retomando el argumento inicial, no se pretende concluir con ello que todo dependiera del control del mar. Es oportuno recordar que la historiografía sobre la independencia del Perú está marcada por la polémica en torno a la incidencia que los diversos factores tuvieron en el proceso independentista, cual fue el papel de la intervención de elementos externos (San Martín, Bolívar, Gran Bretaña, los Estados Unidos...), la participación de los grupos criollos peruanos, la propia desintegración del sistema realista... La historiografía tradicional ha desmesurado el papel de las grandes personalidades: los próceres fueron los agentes principales que independizaron el Perú, quedando en lugar secundario los condicionantes socio-económicos y políticos. El protagonismo exterior ha sido valorado por autores como Heraclio Bonilla, que opina que “en el caso del Perú, como es bien conocido pero pudorosamente encubierto, fue conseguida por los ejércitos aliados de fuera. Es decir, fue una independencia concedida más que obte-

nida" (1). La participación de los criollos ha sido particularmente destacada por los historiadores peruanos. La conmemoración del Sesquicentenario de la Independencia en 1971 sirvió para profundizar en el comportamiento de la "élite" peruana y en el alcance de la conformación de una conciencia nacional. Los resultados han sido desiguales pero en cualquier caso queda como saldo positivo la publicación de un inapreciable aparato documental y el balance equilibrado de autores de ideologías diferentes entre los que cabe mencionar a César Pacheco Vélez, a Alberto Flores Galindo, por señalar sólo dos ejemplos. Mientras, y para terminar con esta reflexión, mencionar a otros autores como Brian Hamnett o Timoty Anna que tratan de desentrañar los resortes sociales, económicos y políticos que condicionan la desintegración del régimen realista (2).

Volviendo al tema central que nos ocupa. Poder naval e Independencia en Hispanoamérica: el caso del Perú, en la exposición se analizará: en primer lugar los recursos del poder naval realista en el Pacífico y las causas de su desintegración, y a continuación el alcance y significado de la Expedición Libertadora liderada por San Martín, que supone mucho más que lo que pudiera ser una operación militar.

EL PODER NAVAL REALISTA EN EL PACIFICO

Es de sobra conocido que a comienzos del siglo XIX España había dejado de ser potencia naval de primera línea. El revés sufrido en la guerra con los ingleses en 1805 tendría consecuencias irreversibles para la marina. Hacia 1816 el total de las fuerzas navales se componía de: un navío de 68 cañones; 8 fragatas de 38 cañones; 9 corbetas de 12 a 26 cañones; 12 bergantines de 14 a 16; 1 paquebot de 18; 1 polacra de 14; 1 fabeque de 14; 4 pailebots de 10; 22 goletas de 6 a 10; 1 balandra de 8; 1 místico de 8; 6 faluchos de 2 a 4; 5 barcos de 1; 9 lanchones de 1; 3 flecheras (3).

En la América Española, los astilleros de Guayaquil fueron sin duda los más importantes del Pacífico. La abundancia de maderas y la adecuación de éstas a la industria naval permitieron su primacía en todo el Mar del Sur a mediados del siglo XVIII como constatan Jorge Juan y Antonio de Ulloa en sus *Noticias Secretas*.

"Este astillero es la cosa más digna de estimación que tiene aquel río entre las muchas que lo hacen apreciable: porque ade-

(1) Heraclio BONILLA y Karen SPALDING, "La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos", en *La Independencia en el Perú*. Lima, I.E. P. 1972; p. 16.

(2) Brian HAMNETT, *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú (Liberalismo, realeza y separatismo, 1800-1824)*, México, F.C.E., 1978 y Timmothy ANNA, *The fall of the royal government in Perú*. Lincoln and London, Univ. of Nebraska, 1979.

(3) *Historia Marítima del Perú*, V, I. Lima, Instituto de Estudios Histórico-marítimos del Perú, 1977; p. 176.

más de las conveniencias que allí se logran para la construcción, hay la de las maderas, cuya abundancia y calidades no se encuentran, no solo en ningún otro país de aquella América, mas ni en otro alguno de todos los dominios de la nación Española, ni de los dependientes de otros monarcas..." (4).

Sin embargo, a lo largo del siglo se produce un notable retroceso en la construcción de navios y una creciente especialización en los trabajos de carena o reparación de los buques. Según María Luisa Laviana, sólo hay constancia de la fabricación de cuatro embarcaciones para la Real Armada del Mar del Sur, todas antes de 1756, son la fragata "San Fermín", de 30 cañones; el navío de guerra "La Limeña", de 50 cañones; la fragata "La Liebre" y el navío "San José el Peruano" de 60 cañones (5).

Pero situémonos en el contexto de la Independencia. Habría que partir del gobierno de José Fernando de Abascal, que fue virrey del Perú entre 1806 y 1816 y supo mantener al virreinato, mediante una política dura e inteligente, al margen de brotes relevantes de insurgencia (es el único en el que no se crean Juntas de Defensa). Abascal atendió con eficacia a todos los frentes posibles de inestabilidad. Sus diversas expediciones contra focos independentistas en Chile y el Alto Perú ensancharon los límites del virreinato, merdados por las Reformas Borbónicas durante el siglo XVIII (6). Al final de su administración se produjo el primer incidente significativo en las costas peruanas, cuando el oficial irlandés Guillermo Brown, al servicio de la Junta Gubernativa de Buenos Aires, las invade al comando de 4 buques: el "Hércules", la "Trinidad", el "Halcón" y la "Constitución", tripulados por marinos ingleses en su mayoría. A finales de enero de 1816, Brown, desde la isla de San Lorenzo, bombardea el Callao. El mismo relata la incursión:

"Hiciéronse dos tentativas infructuosas contra los buques en el puerto del Callao. En uno de esos ataques hechos por los botes de la escuadrilla, el capitán Chitty se portó muy valientemente, abordando y capturando una lancha cañonera; desgraciadamente la encontró encadenada a un buque muy grande, de la popa del cual le hicieron recio fuego hasta obligarlo a retirarse gravemente herido. La "Hércules" y la "Trinidad" tuvieron en esta ocasión 15 muertos y 6 heridos; el "Halcón", ninguno. Los españoles perdieron el "Fuerte Hermoso", buque grande que fue

(4) Jorge JUAN y Antonio de ULLOA, *Noticias Secretas de América* (edición facsimilar de la publicada en Londres, 1826), vol 1. Madrid, Ed. Turner, 1982; pp. 57-58.

(5) María Luisa LAVIANA CUETOS, *Guayaquil en el siglo XVIII*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1987; pp. 280-281.

(6) Ver José Fernando de ABASCAL y SOUZA, *Memoria de Gobierno*. 2 vols. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1944, y Carlos CORDOBA BARATECH, "Abascal, el Virrey de la Emancipación", *Anuario de Estudios Americanos* III, núm. 2. Sevilla, 1951; pp. 477-494.

echado a pique por un proyectil de a 24, mientras la batería principal estuvo haciendo fuego por más de dos horas y se originaba en la ciudad del Callao la mayor confusión” (7).

Es un intento breve, inmediatamente partiría hacia Guayaquil, donde fue apresado. Conseguida la libertad, decidiría no regresar a Buenos Aires sino pasar al Brasil y de allí a Barbados, donde sería acusado de piratería por las autoridades y conducido a Inglaterra (8).

Los incuestionables éxitos políticos y militares de Abascal se produjeron a un coste financiero elevadísimo del que el Perú nunca se recuperaría. Su sucesor, Joaquín de la Pezuela, virrey desde julio de 1816, era un militar de carrera del arma de artillería que llegó al virreinato en 1804 y durante el gobierno de Abascal demostró sus aptitudes de estratega en el Alto Perú. La atención que prestó al estado militar queda precisamente recogida en su *Relación de Gobierno*. Continuó la línea de su predecesor de incrementar las defensas del virreinato, solicitando en seguida un préstamo de un millón de pesos, parte de ellos para adquirir equipo naval. Convencido de la importancia estratégica de Lima y el Callao, trató de reforzarlos especialmente en detrimento de la ayuda que se venía prestando a Chile, región que se debatía entre fidelistas y patriotas y gobernada en esos momentos por D. Francisco Marco del Pont, al que testimonios de contemporáneos describen como poco conocedor del país y su gente. Contaba con la protección de la fragata de guerra “Venganza”, la corbeta “Sebastiana” y el bergantín “Potrillos”, lo que no impidió la victoria de los insurgentes en Chacabuco el 12 de febrero de 1817 que enajenaría al Perú una de sus primeras fuentes de abastecimiento de alimentos y permitiría convertir a varios puertos chilenos en plataforma eficaz para la flota patriota.

Para paliar los efectos de la derrota y tratar de revertir la situación, en marzo envió en auxilio de los leales que resistían al sur un contingente de tropas en tres barcos convoyados por la corbeta “Veloz” y el bergantín “Pezuela”, ambos armados con donación del Consulado (9). Además, preparó para diciembre una gran expedición de 3.606 hombres a bordo de nueve embarcaciones de comercio y la fragata de guerra “Esmeralda”. Los preparativos fueron extremadamente cuidadosos, llegándose en vísperas de su salida a cerrar el puerto del Callao a todo buque (10). La cifra total de hombres incluye a la tripulación. Las fuerzas militares estaban formadas

(7) Guillermo BROWN, “Memoria de las operaciones de la Marina en la República Argentina”, en Colección Documental de la Independencia del Perú (C.D.I.P.), T. XXV, *Memorias, Diarios y Crónicas*, vol. 1. Lima, 1971; p. 497.

(8) La operación de Brown ha sido generosamente tratada por la historiografía. Para una visión muy general ver Rubén VARGAS UGARTE, *Historia General del Perú* VI, Lima, Milla Batres, 1971; pp. 50-52.

(9) Joaquín DE LA PEZUELA, *Memorias de Gobierno*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1947; pp. 126-127.

(10) Para los detalles ver *Ibidem*; p. 192.

por el segundo batallón de infantería, el primero de Burgos, el segundo de Arequipa, el Escuadrón de Lanceros del Rey, el Escuadrón de Arequipa, la Compañía de Zapadores y Artillería de a caballo. El armamento se componía de 3.042 fusiles y 472 carabinas. Sería un esfuerzo inútil, el desenlace de la batalla de Maipù en abril de 1818 sentenciaría definitivamente la suerte de Chile.

La atención prestada por Pezuela a la política militar contribuyó sin duda al endeudamiento progresivo del virreinato. La constitución de una Junta de Arbitrios con el encargo de proponer medidas para aunar los esfuerzos no dio resultados positivos. La propuesta, que secundaria Pezuela, de abrir los puertos al comercio con Gran Bretaña fue decididamente rechazada por el Consulado.

A comienzos de 1818 la escuadra del Perú se componía de las fragatas de guerra “Venganza” y “Esmeralda”, los bergantines “Pezuela” y “Portillo” y las corbetas “Veloz” y “Sebastiana” además de algunos barcos dedicados al comercio y que estaban armados. En el transcurso del año, la flota hubo de hacer frente a dos encuentros con los patriotas, que supusieron sendos reveses: el primero fue el intento de captura y daños consecuentes en la “Esmeralda”, que hubo de recalar en Talcahuano, al sur de Valparaíso, en Chile; el segundo el apresamiento de parte de la flota que desde Cádiz transportaba tropas y pertrechos con destino al Perú: la pieza clave era la fragata “María Isabel”, de 50 cañones, adquirida a Rusia por el Gobierno español (11). A pesar de su belleza, generalmente valorada, tenía numerosas deficiencias en su organización interna —poco adecuada para el almacenamiento de víveres— y en la colocación del velamen. Su captura por los patriotas es considerada por contemporáneos como uno de los sucesos más desgraciados de la guerra. Un testigo presencial y al que podemos considerar imparcial, J. E. Coffin, norteamericano residente en Talcahuano, proporciona una crónica de primera mano: describe al convoy mencionado en estado lamentable tras un viaje tempestuoso, con una tripulación afectada por el escorbuto y apenas capaz de mantenerse en pie. La “María Isabel” era en efecto el principal buque. A bordo conducía pasajeros importantes, entre ellos el propio hijo del virrey que regresaba tras cursar estudios en la península. Cuando se disponía a levar anclas, tras haber permanecido varios días en puerto, el convoy fue interceptado por el “San Martín” y el “Lautaro”. Incapaz de hacer frente al ataque, la “María Isabel” se vio obligada a arriar bandera.

“La ‘María’ —relata Coffin—, se aproximó a la costa y se preparó a la resistencia, en circunstancias que el enemigo, empujado por el viento favorable y con gran velocidad, se encaminaba hacia ella. Las fuerzas eran demasiado desiguales para que

(11) Guillermo MILLER, *Memorias del General al servicio de la República del Perú*. Lima, Ed. Arica, 1972. T. I: pp. 178-179.

podiera dudarse del resultado: las de los patriotas consistían en el 'San Martín', que montaba más de 60 cañones, y en el 'Lautaro', que contaba con más de 40. La 'María' rompió el fuego cuando sus cañones apenas alcanzaban a los dos tercios de distancia que le separaba del enemigo, y lo continuó con viveza, fuego que fue contestado con sólo dos disparos de los cañones de caza de proa del 'San Martín', hasta que éste y su compañero llegaron a tiro de fusil escaso y colocándose uno a cada lado, largaron ambos una andanada sobre la 'María', que bastaron para que ésta arriase su bandera, sin haber recibido daño material alguno ni en el casco ni en su tripulación" (12).

El incidente sirvió para que los chilenos pudieran comprobar su supremacía naval en aquellas latitudes. Pezuela es objeto de todas las críticas. Por su parte él reacciona solicitando en diciembre de 1818 ayuda suplementaria a la metrópoli.

Así las cosas, y para agravar la situación, desde mediados de 1818 habían ido tomando cuerpo los rumores de que en Chile se preparaba una enorme fuerza expedicionaria con el objetivo previsible de atacar las costas de Arequipa o Lima. La confirmación llega a comienzos de 1819 cuando barcos chilenos aparecen en la costa peruana, uno de ellos es la ya mencionada "María Isabel" al mando de Lord Cochrane. El Callao, defendido por 30 lanchas armadas, es bombardeado el 28 de febrero. Al tiempo los atacantes ocupan los puertos de Huacho y Huaura, al norte de Lima. Pezuela advierte con preocupación la vulnerabilidad de las costas. No se trata sólo de un ataque puntual, sino que inicia un proceso que repercutirá de forma inmediata en las posiciones que los realistas aún mantenían en Chile. Y aún más, las costas quedaron abiertas al contrabando, y aumentó el comercio de barcos neutrales. Los Estados Unidos fueron los más beneficiados; en efecto, a lo largo de 1819 son varios los navíos de esta nacionalidad que arriban al Callao transportando artículos de primera necesidad (arroz, trigo, harina, frijol...). En resumen, al problema específicamente estratégico se uniría el aumento de la penetración económica extranjera. Cada vez más acorralado, Pezuela renovó sin éxito la petición a la península de que los puertos peruanos se abrieran al comercio con otras potencias. Ya a principios de 1820 y ante lo incierto del futuro, el virrey envía al Gobierno central un minucioso informe en el que da cuenta de las condiciones críticas en que se halla el virreinato. Hace hincapié en las consecuencias de la pérdida de la hegemonía española en el Pacífico. A finales de enero se hacen ciertas las noticias de la llegada de San Martín a Chile y, en propias palabras de Pezuela, se habla incesantemente de "la expedición contra el Perú por la costa de Arequipa, se-

(12) J. E. COFFIN, *Diario de un joven norteamericano detenido en Chile*. Santiago de Chile, Ed. Francisco Aguirre, 1967: pp. 165-171.

gún unos y a Guayaquil, según los más” (13). Para julio, ya se sabe con precisión que San Martín, O’Higgins y Cochrane activan en Valparaíso una expedición de 7.000 hombres.

Con toda su gravedad, no era éste el único frente que preocupaba a Pezuela. En el orden interno los problemas se multiplicaban. El estado de la economía no hacía sino empeorar y así lo reconoce el virrey (14). La vuelta al sistema constitucional (la Constitución se jura en Lima en septiembre) no puede enmendar ya una situación muy deteriorada. Pezuela acudió a las instituciones —Diputación Provincial y Consulado— para discutir la posibilidad de recaudar fondos, entre ellas se baraja la venta de propiedades de la Inquisición (15). Tras el fracaso de las negociaciones de Miraflores que se celebran los días 30 de septiembre y 1 de octubre entre San Martín y Pezuela, en las que el Libertador se niega a aceptar condiciones, se impone definitivamente como única, la solución militar. Para coordinar las operaciones el virrey designa a una junta de generales —entre los que se encontraba La Serna— que marginó prácticamente a Pezuela de la toma de decisiones. A partir de entonces perdería progresivamente el control, desertiones y desercatos llevaron al “Golpe de Aznapuquio” el 30 de enero de 1821, en el que los jefes militares, tras reprochar a Pezuela falta de energía y ausencia de un planteamiento estratégico, piden su renuncia. No se trataba sólo de eso, con ser importante, además los jefes militares temían que el virrey, presionado por notables criollos, pudiera llegar a firmar un tratado de paz con San Martín. En el Manifiesto que Pezuela publica justificando su actuación, al tiempo que destaca su generosidad, responsabiliza a la calamidad y a la injusticia, además de a los complots y disensiones, de la singladura desastrosa que ha tomado el virreinato. En el “Exordio” manifiesta:

“... Yo me podré siempre gloriarse de haber mantenido el respeto de las leyes en medio del horroroso estruendo de las armas, y de haber empleado los medios más exquisitos para hacer prevalecer en circunstancias tan apuradas el gobierno paternal que prescriben nuestras leyes...” Y ya ante su destitución. “Yo había determinado ocultar este escándalo antisocial bajo el velo de una dimisión voluntaria hasta que arribase a un país desde donde pudiese explicarme con la franqueza y claridad de un hombre libre y agraviado (...) Determiné pues rendirme al imperio de los sucesos, y disimulando la violencia de mi destitución, quise dar a mis agresores un grande ejemplo de adhesión nacional en el

(13) Joaquín de la PEZUELA (*op. cit.* nota 9); p. 638.

(14) Timmothy ANNA, “The last viceroys of New Spain and Perú: an Appraisal” *American Historical Review*, febrero, 1976; pp. 54-59.

(15) Brian HAMNETT (*op. cit.* nota 2); p. 323.

mismo acto en que, sin respeto a la intermediación de un enemigo astuto y al influjo funesto de su empresa sediciosa, abrían una brecha terrible a la dependencia política porque se ha litigado tantos años” (16).

Cuando realistas y patriotas se encuentren definitivamente en 1821, siendo virrey La Serna, la correlación de fuerzas favorecería a los segundos. Su mayor poder militar, que tenía en la flota un elemento esencial, se vio incrementada por la desintegración del régimen español en todos sus aspectos. Las alternativas de la confrontación se entenderán más claramente tras analizar el significado de la Expedición Libertadora.

Desde enero de 1821 hasta diciembre de 1824 (Ayacucho) lejos de resolverse, los problemas realistas se agravan. La presencia de tropas argentinas, chilenas y colombianas y las crecientes divergencias internas concurren a ello. La Serna, en su estrategia, acentúa la importancia del interior frente a la consideración prestada antes a Lima. Con fecha 20 de marzo de 1821 se dirige al monarca para exponerle la situación política y militar del territorio bajo su autoridad, reconoce la ventaja numérica del enemigo (9.000 hombres frente a los 8.300 realistas repartidos entre Lima, el Callao y Aznapuquío), que

“A pesar de esta ventaja numérica, rehúsa constantemente entrar en un empeño decisivo y lo consigue por su superioridad marítima, la que facilita reembarcarse y dar un golpe de mano sobre la capital (...). Resulta, Excelentísimo Señor, de lo dicho, que interim los enemigos conserven la superioridad marítima, no puedo atraerlos a una acción decisiva; que tienen a su arbitrio reembarcarse e invadir los puertos indefensos de nuestras costas, causando sublevación en las provincias...” (17).

En mayo se celebran en Punchauca nuevas rondas de negociaciones entre ambos bandos. San Martín propone un plan de reconciliación que prevé la formación de una regencia presidida por el virrey. Esta vez las conversaciones se interrumpen cuando los realistas presumiblemente reabren las hostilidades.

Tras el nuevo fracaso, La Serna decide abandonar Lima el 6 de junio de 1821 marchando hacia el Curzo, adonde llegaría el 30 de enero de 1822. A partir de entonces se limita a hacer una política personalista, alejado por razones obvias debido al aislamiento en que se encuentra, de las directrices metropolitanas.

(16) “Manifiesto del Virrey del Perú, Joaquín de la Pezuela, sobre su separación” (1821). En C.D.I.P. T. XXVI. *Memorias, Diarios y Crónicas*, vol. 3, Lima, 1972; p. 265.

(17) C.D.I.P. T. XXII. *Documentación Oficial Española*, vol. 2. Lima, 1972; pp. 71-76.

PODER NAVAL INDEPENDENTISTA; LA EXPEDICION LIBERTADORA EN EL PACIFICO

Utilizando como plataforma las provincias del Río de la Plata, San Martín organiza lo que habría de cristalizar en la Expedición Libertadora. A modo de breve nota, recordar que José de San Martín, hijo de funcionario español y criolla, había iniciado su carrera militar en la península. De regreso al Río de la Plata en 1813, participa en el proceso de independencia que arranca de la Revolución de mayo de 1810 y que desencadena una larga lucha interna por el poder. Masón de la logia Lautaro, era partidario de un proyecto de unidad entre todos los territorios de la América Española con un sistema monárquico como vínculo común. Para realizarlo, entiende que era imprescindible llegar al núcleo del poder realista en Sudamérica, el Perú, desde donde su virrey Abascal mantenía firme su control y organizaba campañas contra los insurgentes (18).

El estudio estratégico de la realidad decide a San Martín, una vez desechada la vía terrestre, dadas las dificultades que presentaba el altiplano alto-peruano y el laberinto de la sierra bajoperuana, a dirigir su plan de ataque a través de Chile para desde allí, y por vía marítima, llegar a Lima. Entre los numerosos testimonios que él mismo ofrece, el fragmento de una carta fechada en abril de 1814 y enviada a un amigo personal: “Ya le he dicho a Ud. mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que reina. Aliando las fuerzas, pasaremos por el mar a tomar Lima (...). Convéznase, hasta que no estemos en Lima la guerra no acabará” (19).

Mendoza, en el interior del Río de la Plata, es elegida base de operaciones. La primera etapa habría de ser la reconquista de Chile, recuperada por los realistas tras el fracaso de la Patria Vieja. A comienzos de 1817, apoyado por las provincias rioplatenses, y sobre todo por Cuyo, de la que era gobernador, inicia la travesía de los Andes. La victoria ya mencionada de Chacabuco el 12 de febrero le abrió el camino hacia Santiago, donde O’Higgins, amigo y correligionario de la Lautaro, fue nombrado director supremo de la República Chilena. En la capital, San Martín se ratificaría en numerosas ocasiones en su decisión. Un ejemplo es el oficio que envía al director de las Provincias Unidas de Sudamérica en el que le reitera que no dominando el mar era inútil pensar en la campaña de Lima.

(18) La historiografía ha sido sin duda generosa con la biografía y actividad de San Martín. La exhaustividad, en la línea de la historia acontecimiento, es la característica de la obra de Bartolomé MITRE de la que es ejemplo *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*. Buenos Aires, 1950.

(19) En *Antología de la Independencia del Perú*. Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia, 1972; p. 214.

“Es inútil por demás —dice el Libertador— encarecer a vuestra excelencia la necesidad de un fuerte armamento naval para estos mares cuando está penetrado, que sin ese auxilio son estériles nuestros esfuerzos contra el virreinato de Lima (...). Por mucha que sea la preponderancia que queremos suponer en la marina que se apronta para el mar Pacífico, con respecto a la de los enemigos, una confianza imprudente podría comprometer el suceso. El virrey de Lima ha presentado ya nueve buques fuertes, entre ellos dos fragatas de 40 a 44. No es cordura atacar esta escuadrilla con menos de igual número de embarcaciones, y si vuestra excelencia no se resuelve a armar de cuenta de ese estado al menos dos corbetas o bergantines fuertes, puede ser aventurada empresa. No dominando el mar es inútil pensar en avanzar una línea fuera de este territorio” (20).

La gran Expedición Libertadora fue precedida por las operaciones navales del Almirante Cochrane durante 1819 (21). Su propósito era realizar tareas de reconocimiento e intimidación del enemigo. Durante la primera de ellas, que transcurre desde enero a junio de 1819, tras recalar frente al Callao, logró ocupar dos pequeños pero estratégicos puntos que ya conocía, Huacho y Huaura. A bordo del O’Higgins el Vicealmirante de Chile declara el bloqueo de los puertos del Perú, desde Guayaquil hasta Atacama, impidiendo que ningún buque hiciera tráfico alguno ni se comunicara con ellos. La segunda se hace al mar el 12 de septiembre y se enfrenta a navíos españoles en la bahía del Callao sin resultados relevantes para ninguno de los contendientes. Tras dejar dos bergantines como salvaguardia, continúa hacia el sur, hacia Pisco, y tras ocuparlo, navegar a Santa, igualmente capturado. Finalmente, de vuelta a Valparaíso ya a comienzos de febrero de 1820, toman Valdivia. Diversos testigos presenciales —Manuel Blanco Encalada, Guillermo Miller o Francisco de Vidal— dan cuenta minuciosa de estas operaciones coincidiendo en la importancia de la ocupación de Valdivia, sobre la cual comunica Lord Cochrane:

“Tengo la mayor satisfacción de comunicar a V. S. el feliz resultado del ataque sobre Valdivia, cuyos castillos, fuertes y bate-

(20) José de San Martín al Superior Director de las Provincias Unidas de Sudamérica. Santiago de Chile, 12 de diciembre, 1817. En C.D.I.P. T. VIII. *Expedición Libertadora*, vol. I; p. 493.

(21) Conde de Dundonald, nació en Annsfield el 14 de diciembre de 1775 y murió el 31 de octubre de 1860. Su actuación naval y política fue recogida por él mismo en varios trabajos, sus *Memorias e Historia de un marino* abarcan desde su nacimiento hasta su ingreso al servicio de la República de Chile. En 1863 aparecen en París en castellano sus experiencias en las costas del Pacífico, que incluyen la captura de la “Esmeralda”. Ver Manuel MENDIBURU, *Diccionario Histórico-biográfico del Perú*. T. IV, Lima, 1932; pp. 196-197.

rias, montando más de 100 piezas de artillería, están ya en nuestro poder junto con todos los pertrechos de la guarnición y el depósito del ejército del sur (...). Sólo unos 100 hombres pudieron huir a los llanos, pero han sido tan mal recibidos por los paisanos y los indios, que vienen a presentárenos todos los días algunos de ellos. Hemos tomado la fragata "Dolores", que estaba en el puerto; un bergantín que también había en él, lo quemaron los enemigos" (22).

Una de las graves contradicciones de la Expedición está en las divergencias cada vez más profundas entre San Martín y Cochrane (23). Este tenía planes definidos sobre cómo controlar más rápidamente el Perú. Consistían en organizar incursiones desde distintos puntos de la costa para obligar a las fuerzas realistas a dispersarse, aislados y poco numerosos serían fácil objetivo de los 2.000 hombres que Cochrane consideraba suficientes para completar con éxito la operación.

Por su parte, San Martín en territorio chileno en continuo contraste con este gobierno y el argentino prepara su estrategia. Creía necesaria la supervivencia del ejército colonial, que sería después uno de los pilares de la monarquía que proyectaba para el Perú. Por ello, habrá que evitar los encuentros frontales con los realistas, potenciando por el contrario una guerra de desgaste. Simultáneamente, y ésta era una pieza clave, se haría una labor de propaganda para convencer a los peruanos de la justicia de la causa de la libertad. San Martín contó con el apoyo clandestino de influyentes peruanos que hicieron de agentes mediadores y le proporcionaron información de primer orden. Habría que citar a José de la Riva Agüero, Remigio Silva y Fernando López Aldana, que en una de sus misivas, el 12 de noviembre de 1819, se dirige a San Martín en estos términos: "Fui el primero que visité la escuadra cuando estuvo aquí la vez primera, resultando de esta visita el que por mi plan y arbitrio se socorriese ésta de víveres y aguada de que carecía y de azúcares y plata con grande satisfacción mía, por cuyo occidente logré el honor de conocer al Excelentísimo Sr. Almirante Lord Cochrane, quien me estimó infinito..." (24).

Ambas propuestas, la de Cochrane y San Martín, son analizadas por el gobierno chileno, que se decide por fin a favor del último. El proceso de ges-

(22) Emilio ROSAS CUADROS, *El prócer Francisco de Vidal y su contribución a la Independencia del Perú*. Lima, 1983; pp. 40-51.

(23) Ver Michael Hudson JOST, *The Cochrane-San Martín conflict (1818-1823)*, Ann Arbor, Michigan, 1976.

(24) Lima, 2 de noviembre de 1819. López Aldana fue uno de los grandes propagandistas de la causa de la independencia. Utilizó la prensa como primer vehículo de difusión, siendo artífice de alguno de los primeros ejemplos del periodismo político de la independencia Hispanoamericana. Ver Ascensión MARTINEZ RIAZA, *La prensa doctrinal en la independencia del Perú, 1811-1824*. Madrid, Ed. Cultura Hispánica, 1985.

tación había sido largo y costoso. Durante tiempo, San Martín y O'Higgins habían intercambiado una nutrida correspondencia en la que el denominador común había sido la necesidad de organizar la expedición al Perú. En una ocasión el chileno animaba:

“... todo se nos prepara para disponer una expedición a las costas del Perú; el dinero, el alma de todas las cosas, nos vendrá en suficiente cantidad mediante los buenos sucesos de la escuadra. Véngase usted, pues lo dispondremos todo y llevaremos la guerra al Perú para arrojar de allí a sus tiranos y poner fin a tantas penalidades” (25).

La coincidencia era prácticamente total: dominar el mar para alcanzar Lima y asegurar la independencia. El instrumento, una potente marina de guerra.

La base legal sobre la que se sustentó la operación fue el “Tratado particular entre el Estado de las Provincias Unidas del Río de la Plata y el de Chile”, firmado en Buenos Aires el 5 de febrero de 1819, y que sería ratificado por O'Higgins el 15 de marzo. El artículo primero estipula:

“Conviniendo ambas partes contratantes con los deseos manifestados por los habitantes del Perú y con especialidad por los de la capital de Lima, de que se les auxilie con fuerza armada para arrojar de allí al gobierno español, y establecer al que sea más análogo a su constitución física y moral, se obligan las dos partes contratantes a costear una expedición que ya está preparada en Chile con este objeto” (26).

La viabilidad de la operación dependía de conseguir financiación para equipar una expedición poderosa. En septiembre de 1819 Joaquín de Echeverría, Ministro de Gobierno y Relaciones de Chile informa a San Martín que su gobierno ha firmado la contrata y que “la escuadra va a dar la vela perfectamente equipada y provista de todo lo necesario para destruir a la enemiga” (27). Los fondos fueron aportados sobre todo por comerciantes de Santiago y Valparaíso interesados por el mercado peruano y que esperaban que una vez el gobierno independiente se instalase en el Perú, les concedería la liberación de los derechos nacionales y municipales en la introducción de 500 toneladas de mercadería.

La Expedición se apresta en medio de la euforia de los organizadores. Se lanzan proclamas llenas de entusiasmo, animando a los integrantes y tra-

(25) O'Higgins a San Martín. Santiago, 15 de mayo de 1819. C.D.I.P. T. VIII. *La Expedición Libertadora*, vol. 1. Lima, 1971: pp. 397-398.

(26) *Ibidem*, vol. 2; p. 60.

(27) *Ibidem*, vol. 3; p. 342.

tando de contagiar a los peruanos. Por fin, el día 20 de agosto de 1820 la flota se hace a la mar. Aunque los datos sobre su composición varían según las fuentes, los autores más fiables hablan de 8 buques: el “O’Higgins”, “San Martín”, “Lautaro”, “Independencia”, “Galvarino”, “Araucana”, “Pueyrredón” y “Moctezuma” con un total de 236 cañones y 1.538 hombres de nacionalidad argentina, chilena e inglesa. Los transportes estaban formados por 14 barcos con una carga de 5.500 toneladas. La escuadra está al mando del Almirante Cochrane, y toda la Expedición obedece a San Martín, Comandante y Capitán General.

La travesía hasta el desembarco en Paracas el 8 de septiembre transcurre con normalidad. El siguiente eslabón es Pisco. Uno de los tripulantes, James Paroissien, relata su experiencia en este puerto.

“La bahía de Pisco —dice— tiene abundancia de peces, algunos realmente exquisitos. Mas también hay gran cantidad de tiburones, y a veces pueden verse miles de animales marinos, algas, algunos parecidos a hongos, de una gelatina transparente, con tonalidad blanca, carmesi o café veteado.

No hay nada comparable a la miseria de las chozas en que viven los pescadores de esta playa, a excepción de su pereza, pues aunque el mar les ofrece cantidades ilimitadas de pescado, y los del ejército pagarían el precio que se les pidiera, escasamente podemos conseguir algunos para la mesa del General, tan profundamente arraigado está en esta gente el hábito de la ociosidad” (28).

La defensa estaba encargada a D. Manuel Quimper al frente de 5.000 hombres. Su resistencia fue escasa terminando por replegarse a la sierra. Los puestos de Ica y Chincha fueron inmediatamente ocupados.

Desde sus posiciones, San Martín envía numerosas misivas al pueblo del Perú animándole a unirse a la causa (29). El Virrey Pezuela intenta tomar la iniciativa y propone el inicio de negociaciones, las ya citadas de Miraflores, que terminan en fracaso. La reanudación de las hostilidades pone de nuevo en evidencia las divergencias entre San Martín y Cochrane, el Almirante propone marchar sin dilación hacia Lima desde Chilca; San Martín, como una concesión, sólo acepta marchar hacia Ancón, al norte de Lima.

Ya en el tramo final de la operación, y mientras el General Antonio Alvarez Arenales toma el camino de la sierra en una campaña que termina

(28) James PAROISSIEN, “Anotaciones para un Diario (agosto 18 de 1820-marzo 19 de 1821)”, C.D.I.P. T. XXVI, *Memorias, Diarios y Crónicas*. Vol. 2; p. 544.

(29) Varias de ellas se recogen en “El Pacificador del Perú”, periódico que comienza a publicarse en Huaura en 10 de abril de 1821 y se propone fomentar la opinión favorable a la independencia.

con éxito a comienzos de diciembre, el grueso de las fuerzas independentistas salen de Paracas rumbo a Ancón, puerto que fondean el 30 de octubre. En esta coyuntura, la declaración de independencia de Guayaquil viene a incrementar la moral de todos (30).

Durante los primeros días de noviembre dos circunstancias contribuyen a decantar la balanza del lado de la Expedición. El primero de ellos viene a corroborar la desintegración del poder naval realista. Se trata de la captura de la fragata “Esmeralda”, que presidía las fuerzas marítimas concentradas en la bahía del Callao. Cochrane, siguiendo con su línea de actuar por sorpresa y de modo contundente, decide arriesgarse a atacar a la marina en su refugio. En sus Memorias confiesa que conocía el riesgo y estaba seguro de que su determinación haría que los españoles terminaran por rendirse o abandonar la capital. Diversos testimonios lo consideran un golpe maestro: los botes del Almirante consiguieron con sigilo colocarse a ambos lados de la fragata y lanzarse al abordaje. La sorpresa fue baza decisiva en la rendición de la “Esmeralda”, el mayor navío de la marina colonial. El segundo golpe definitivo, en el que no nos detenemos, es el paso del batallón Numancia a las filas patriotas. El general realista García Camba, en sus Memorias, da constancia de cómo, “con 650 plazas dejó el servicio del Virrey de Lima para pasar al de la patria, y se unió a un destacamento del Ejército Libertador (31).

Las operaciones navales y la actuación del ejército y las montoneras en el interior socavan la resistencia realista. El cerco de Lima se estrecha. Las montoneras estrangulan las comunicaciones impidiendo que lleguen a la capital provisiones desde los campos cercanos. El puerto del Callao sigue bloqueado por la escuadra patriota. Los efectos del asedio se hacen sentir más allá de lo específicamente material: entre la población crece un clima de inseguridad, de amenaza, de aislamiento, de guerra inminente, de hambre y epidemia... Las propias autoridades se percatan de que la situación es caldo de cultivo para que muchos vean en San Martín una alternativa liberadora.

La Serna termina por convencerse de lo inoperante de mantener esa posición fuera de toda posibilidad de éxito. A finales de junio y comienzos de julio de 1821 comienza el éxodo. Las tropas patriotas se dividen: parte se dirige a custodiar los castillos del Callao, mientras el resto se bifurca y se dirige a la sierra central en dos oleadas, una el 25 de junio al frente del general Canterac, y la otra el 6 de junio comandada por el propio Virrey. El trasvase del foco de atención hacia el interior no fue libre decisión de los

(30) La crónica de estas jornadas fue recogida por un testigo anónimo bajo el título de “Diario de la Expedición Libertadora desde su reembarque en el puerto de Pisco hasta el campamento de Retes (Pisco, 30 de octubre 1820-Retes, 1 de enero de 1821)”, en C.D.I.P. T. XXVI. *Memorias, Diarios y Crónicas*. Vol. 2, Lima, 1971; pp. 498-509.

(31) Andrés GARCÍA CAMBA, *Memoria de la Historia de las Armas Españolas en el Perú*. Madrid, 1864. T. I; p. 355.

realistas: como se ha venido constatando, y manifestaría La Serna en repetidas ocasiones, estuvo condicionada por la inexistencia de una escuadra que dominara las costas. La importancia del litoral estaba fuera de toda duda, ya que era eje de comunicaciones con el exterior y especialmente con la metrópoli. Pero la marina de guerra había sido aniquilada y no pudo ser sustituida.

Ante el abandono de Lima se produce una curiosa situación. La Serna se dirige por escrito a San Martín encomendándole la ciudad y pidiéndole que proteja a sus habitantes frente a los desmanes de tropas y montoneras. Por su parte, San Martín demostraría en sucesivas ocasiones (en contra frecuentemente de la opinión de sus asesores) una ostensible moderación hacia los realistas, evitando choques que resultarían masacres.

Entre tanto, la Expedición Libertadora había logrado sus principales objetivos: durante el primer semestre de 1821 consiguió la suspensión de todo tráfico marítimo y el bloqueo de los puertos en poder de los españoles (32). Cochrane había sido uno de los adalides a favor de mantener un bloqueo eficaz y así lo había reiterado en numerosas comunicaciones a San Martín y Monteagudo. Hasta el 25 de octubre de 1821 no se aprobaría, extendiéndose desde Nazca a Cobija. El decreto establece, en una minuciosa relación de cláusulas, plazos para que las naciones enemigas o neutrales queden notificadas y puedan cumplirlos, y sanciones para aquellos que pasado el límite traten de violarlos transportando armas, municiones o útiles navales.

Tras la proclamación formal de la independencia el 28 de julio de 1821 a la que se unirán miembros e instituciones destacados de la sociedad virreinal (Municipalidad, Diputación Provincial, Consulado, Iglesias...), se establece el Protectorado, sistema de transición hacia la monarquía que San Martín pretendía para el Perú. El ejecutivo es presidido por él mismo, en calidad de Protector y cuenta con tres ministerios, Relaciones Exteriores, Hacienda y Guerra y Marina, con Bernardo de Monteagudo —asesor de San Martín desde los comienzos, destacado político e ideólogo, pero ni militar ni estratega— como responsable (33).

Por Decreto firmado por el Ministerio el 6 de octubre de 1821, se crea la Marina de Guerra del Perú. Para ello, se hace una curiosa simbiosis de las Ordenanzas española e inglesa. En la primera cláusula se establece que “el servicio de los buques de guerra del Perú, y la contabilidad en todos los ramos, se arreglará a la Ordenanza naval dada y publicada en 1802 por la armada naval de España”, en la segunda que “En los juicios criminales que se sigan contra extranjeros que se hallen al servicio de la marina del Perú, siempre que no sean españoles, se observará el método judicial y se aplica-

(32) *Historia Marítima del Perú* (op. cit. nota 3). T. V, vol. 1; p. 352.

(33) Timothy ANNA, “The Peruvian Declaration of Independence: Freedom by Coercion”, *Journal of Latin American Studies*, 72, 1975; pp. 221-269.

rán las penas que prescriben los artículos de guerra, que rigen a la marina inglesa” (34).

Es ahora cuando va a producirse la ruptura definitiva entre San Martín y Cochrane. El Almirante se vio relegado a una segunda fila, acaparando Monteagudo funciones que por sus méritos a él le correspondían. Reacio siempre a aceptar el lugar secundario que se le asignaba, había venido realizando actuaciones personales a lo largo de la costa que habían desembocado en el afianzamiento de las posiciones patriotas en Huacho, Chincha, Sama, Tacna y Arica. Las discrepancias van a ir desde acontecimientos concretos hasta problemas de fondo. Entre los primeros cabría mencionar la pérdida del mítico “San Martín” en las cercanías de Lima. Por encargo del Protector y a pesar de no estar de acuerdo, Cochrane hubo de enviarlo a Chorrillos para desembarcar trigo recogido en Mollendo. El buque terminaría varado en la playa, “desencuadrado” por las rocas.

Más grave sería la postura ante el futuro del Callao retenido por los realistas. Una vez más, el Almirante estaba por una ocupación rápida y contundente de las fortalezas, mientras San Martín aconsejaba un compás de espera hasta conocer las siguientes maniobras de los realistas, que finalmente capitulan el 19 de septiembre de 1821.

La quiebra se había producido y era irreversible. Cochrane se retira a sus buques y su primera medida es utilizar la plata piña, que atesoraba por encargo de San Martín, para sufragar la paga que se adeudaba a la tripulación desde hacía meses. En su criterio era de justicia cumplir con quienes habían de formar la marina del gobierno peruano y a la que el Protector estaba desatendiendo de manera ostensible. Una vez saldada la cuenta, devolvió la plata restante a la Casa de Moneda de Lima.

Ni San Martín, ni el hombre fuerte del Protectorado, Monteagudo, se lo perdonarían. Es acusado de conducta escandalosa, de insubordinación y personalismo. El gobierno ofrece a los oficiales que acompañan a Cochrane prebendas y el mantenimiento de su graduación al tiempo que ordena al Almirante retirarse a Valparaíso. Haciendo un último gesto de iniciativa personal, leva anclas del Callao el 10 de mayo de 1822 dejando el Perú para siempre.

El primero de enero de 1822 Monteagudo es sustituido por Tomás Guido en la cartera de Guerra y Marina. Durante su gestión se tomarían numerosas medidas para reorganizar la Marina peruana. Van desde el cambio de nombres a varios navíos de guerra al establecimiento de derechos de Toneladas y Anclaje (31 de enero), pasando por la Reglamentación del Ingreso de Pasajeros por Mar (4 de marzo), Reglamento Provisional de Sueldos y Gratificaciones para la Marina (9 de marzo), la Reglamentación de la Pesca y su Fomento (18 de mayo) o la Reglamentación sobre la Bandera y el Estan-

(34) Publicado en la “Gaceta de Gobierno”, núm. 28, Lima, 13 de octubre de 1821.

darte nacional, Pabellón e Insignias con que deben navegar los Buques (31 de mayo) (35).

El Protectorado resultaría en un fracaso cuyas causas no es posible analizar aquí (36). Tras un intervalo en el que los propios peruanos tratan de gestionar sus asuntos sin éxito, Bolívar traería la República en 1823. El Libertador del Norte nunca menospreciaría la importancia de la marina, bien al contrario declararía que era imprescindible para resguardar las dilatadísimas costas peruanas. Pero su estrategia para llegar a Lima descansaría en el ejército.

(35) Todos los documentos se reproducen en C.D.I.P. T. VIII. *La Marina, 1780-1822*, vol. 3, Lima, 1972; pp. 233-294.

(36) En lo fundamental son analizadas por Timmothy ANNA, "Economic causes of San Martín Failure at Lima". H.A.H.R. núm. 4, nov. 1974; pp. 657-681.